

DISCURSO DE LA PRESIDENTA DE LA JUNTA DE ANDALUCÍA EN LA APERTURA DE LA UNIVERSIDAD DE VERANO DE ADEJE (15-7-2016)

Permítanme que empiece sumándome a la tristeza, en un día difícil, un día triste en Europa. Un día en el que una agresión cobarde, brutal, contra gente indefensa pone de manifiesto la necesidad que tenemos todos de reafirmarnos en aquello que amamos todos que es la paz y la libertad. Y nadie, desde ninguna defensa de la ideología. Matar es matar siempre y no se puede justificar desde la defensa de una ideología y de unos valores.

Creo que lo que ha pasado esta madrugada en Niza, en el corazón de Europa, lo que nos ha congelado el corazón a todos no nos debe desviar a posiciones que no son las nuestras. La sinrazón terrorista no puede hacer que a nosotros nos alejen de nuestro modelo de convivencia. Que no abonemos el odio. Que en ningún caso contestemos al fundamentalismo con más fundamentalismo.

Es verdad que tendremos, y lo decía el rector en sus palabras, que usar todos los cuerpos de seguridad de todos los países con más colaboración. Mejorar el orden mundial, hacerlo más justo. Pero por encima de todo tenemos que defender nuestro modelo de convivencia en paz y en libertad.

Sé que decir estas palabras cuando hoy hay un profundo dolor en esas madres que han perdido a sus hijos o en esas familias que han perdido a sus seres queridos, resulta fuerte y doloroso, pero creo que es el mayor ejercicio que podemos hacer quienes nos sentimos demócratas y amamos profundamente la paz colectiva y la libertad individual.

Y en ese sentido, pensemos por un momento, si a nosotros se nos ha congelado el corazón ahora en Niza, y hace unos meses en París y Bruselas, lo que tienen que estar sintiendo esos padres y madres que cogen a los niños y los montan en barcas hinchables para cruzar el Mediterráneo buscando salvarles la vida. Cuánta será la desesperación y el miedo que estarán sintiendo al mismo terror a la misma muerte, y la respuesta que están teniendo de esta Europa que a esas madres, esos padres y esos niños, esas personas

mayores con dificultad de movilidad, deja en las fronteras porque no somos capaces de darles la respuesta que se espera de una Europa más justa y más humana. Y ese mismo dolor que hoy tenemos nosotros por Niza lo tienen ellos cada vez que tienen que jugarse la vida huyendo de la misma sinrazón terrorista que a nosotros nos repugna.

Y dicho esto, decía que para mí es un honor estar aquí, en la Universidad, porque vengo al “templo de la inteligencia”, que decía Unamuno. Alguien que sintió el mismo encanto y quedó cautivado también por estas islas.

Pues bien, vengo al templo de la inteligencia, donde acuden muchos jóvenes en busca del saber y el conocimiento queriendo construir un futuro mejor para ellos y sus familias. Sé que estoy en una universidad abierta, que es una plataforma de colaboración fundamentalmente con África occidental, que es un espacio de diálogo, de mestizaje, de colaboración y de cooperación. He vivido de cerca el desarrollo de esta Universidad en los últimos años y lo hago con profunda admiración.

Y vengo a hablar de los retos y los desafíos de la Europa de hoy, y quería hacerlo desde la posición periférica de Andalucía y ultraperiférica de Canarias. Pero si empezara hablando directamente de Europa y no hablara en absoluto de lo que está pasando en España, creo que decepcionaría a más de uno con la que está cayendo en nuestro país.

Son siete meses ya sin Gobierno, o mejor dicho, con un Gobierno en funciones, que exclusivamente lo que puede hacer, y así lo contempla nuestra Constitución, son asuntos de trámite. Yo imagino que hace 38 años, cuando los legisladores desarrollaron cuál iba a ser nuestras instituciones democráticas y nuestro modelo de convivencia, no podían imaginar, desde ese sentido común con el que se elabora la Constitución y las normas, que debe de imperar en el desarrollo de las normas, lo que hoy nos está pasando, que los ciudadanos voten y que, durante siete meses, la voluntad de los ciudadanos no es capaz de traducirse en la conformación de un gobierno.

Yo creo que desde ese sentido común de los constituyentes eso no era viable. Aunque es cierto que todos los datos, sondeos, encuestas, nos decían

que más o menos esto es lo que iba a suceder en España. Que acababa una etapa de mayorías absolutas y que tendría que haber acuerdos entre dos o tres partidos para ser capaces de formar un gobierno en España. Pero eso no ha sido posible.

Es verdad que se está montando la de Dios para tener una investidura, imaginémonos por un momento lo que va a ser la gobernabilidad de España. Si es complicado darle una investidura a este país y un presidente, cuánto no va a ser de difícil hacer gobernable el país con decisiones que van a afectar al bolsillo de los ciudadanos, a los servicios públicos, a su futuro, a sus condiciones de vida y al de su entorno. Por eso creo que vamos a vivir una etapa compleja y difícil.

Decía que siete meses sin gobierno, mejor dicho con gobierno en funciones, donde teóricamente solo se podían tomar decisiones de trámite. Y empiezo por ahí. El día 30 de abril hubo una decisión importante y que va a tener trascendencia en España.

El día 30 de abril se remitió un Plan de Estabilidad a Europa, a Juncker. Y en ese Plan de Estabilidad el gobierno en funciones ponía sobre la mesa una hoja de ruta que yo no comparto. Es decir, la reducción de la inversión -me gusta más llamarlo inversión que gasto- de nuestro PIB en educación, concretamente bajaría del 4% al 3,7%; reducción también de la inversión en sanidad que bajaría aproximadamente del 6% al 5,3% y dos puntos la reducción de la protección social. Un punto de nuestra riqueza, de nuestro PIB, es 10.000 millones.

Concretamente, la OCDE dice que un país desarrollado como el nuestro debería estar invirtiendo entorno al 5% de su riqueza en educación. Y son decisiones que, como decía, no considero de trámite, sino que considero que van a marcar y mucho el futuro de un país, el futuro de generaciones completas, nuestro modelo de convivencia y nuestra competitividad en los años próximos.

Al mismo tiempo ha habido una segunda decisión, una decisión que va directamente al corazón de las pensiones en España. La última, 8.700 millones

que se han usado de la hucha de la Seguridad Social que tiene que garantizar en el horizonte más inmediato el futuro de nuestros pensionistas. Lo que ocurre aquí con las pensiones debería ser siempre fruto del consenso y del acuerdo, de ese Pacto de Toledo del que nos sentimos profundamente orgullosos. Y lo que sucede en torno a las pensiones no solo preocupa a los 8,5 millones de pensionistas que tiene España, sino a familias completas que su principal recurso está siendo la pensión de sus mayores.

Y yo me pregunto, estamos verdaderamente dando respuesta a la realidad de un horizonte de un país con algo más de 18 millones de ocupados, 8,5 millones de pensionistas, donde han caído muchos los ingresos, donde los salarios son más bajos, menos dignos, y por tanto más difícil garantizar esa dignidad en las pensiones, y donde la gente vive más y tiene más esperanza afortunadamente de vida y estamos ante un problema demográfico real. No estoy segura de que estemos dando la respuesta correcta. No estoy convencida de que lo estemos haciendo bien. No estoy convencida de que le estemos dando a los ciudadanos la confianza de saber que ante sus problemas nosotros estamos poniendo las correctas soluciones.

Lamentablemente, hemos pedido demasiadas veces desde la política confianza a los ciudadanos y creo que, más que pedirla, hay que darla: hay que darle la confianza a la gente de que la principal preocupación, lo que está en el centro de la política, es solucionar sus problemas. Cuando empezamos a dar confianza, haciendo una política útil, comenzará la gente a acercarse a la política, no a verla como un problema, sino como parte de la solución.

En ese sentido, la experiencia de la última campaña electoral es que no estamos haciendo las cosas correctamente en España. Lo digo desde la autocrítica, me incluyo: no estamos haciendo las cosas bien.

Hemos polarizado muchísimo el país. Hemos vivido dos procesos electorales en muy poco tiempo y hemos llevado a los ciudadanos a un dilema que no era real, que era falso. El dilema de que tenían que elegir entre la política de los recortes o en cambio hacer saltar lo que llamaban 'el candado del 78', al que después haré referencia.

Yo no comparto que la inmensa mayoría de los ciudadanos en este país esté ni en unas posiciones ni en otras. La inmensa mayoría de la gente está en posiciones mucho más templadas, más dialogantes, con ganas de acuerdo y de consenso. Eso es lo que nos demuestra la historia reciente de nuestro país y las etapas de nuestra democracia donde mejor hemos vivido como país, donde más garantías hemos tenido para nuestro desarrollo y donde la gente se ha sentido mucho más identificada con nuestro modelo de convivencia. Por eso creo que no estamos haciendo realmente las cosas correctamente.

Digo eso porque cuando uno pretende aportar soluciones fáciles a problemas complejos, pasa lo que pasa. Quien promete soluciones fáciles a problemas complejos no está diciendo la verdad.

Lo hemos visto recientemente en España, pero también en Europa, y hace tan solo unas semanas en Reino Unido con el Brexit. ¿Qué ha pasado? Pues que a veces lo inimaginable acaba convirtiéndose en una realidad, lo que es impensable acaba tomando cuerpo.

Era inimaginable hace solo unos meses que alguien como Donald Trump fuera el candidato de uno de los dos partidos con posibilidades de convertirse en presidente de la primera potencia del mundo. Y ahí está.

Era impensable hace dos años que un terremoto como éste hubiera pasado en Reino Unido y que hubiesen tomado la decisión de poner en una grave crisis a su país y a toda Europa; y también ha sucedido.

De eso tenemos que sacar varias enseñanzas. Del Brexit, de intentar dar soluciones fáciles a problemas complicados, saco varias conclusiones. La primera: que nunca es el camino dividir a una sociedad, polarizar, enfrentar y hacer que unos se sientan ganadores frente a otros. El 52% de la sociedad en Reino Unido, o en cualquier sociedad, no puede vender como una victoria clara que haya un 48% que no se siente representado.

Es verdad que es mucho más fácil votar y contar que buscar el diálogo, el acuerdo y el entendimiento, pero el resultado de eso hace que aquello con lo que se identifican unos está radicalmente en contra de la posición de otros, y excluye a una parte importante de la sociedad.

Por eso, creo que el camino de dividir, de enfrentar, de confrontar, no es bueno. Piensen por un momento que en el Reino Unido los más jóvenes han votado que se querían quedar en Europa, que no se querían marchar. Son las generaciones que dentro de unos años van a dirigir ese país, en unas condiciones distintas a aquellas en las que ellos creen y desde el descontento.

Cuando alguien impone su posición frente a otro, al margen del diálogo y el acuerdo, está fracturando. Y al fracturar y dividir, está erosionando la capacidad de desarrollo futuro de un pueblo, de un país, de un territorio, de cualquier sociedad; la está fracturando y mutilando.

¿Significa eso que los referéndum no son válidos? Por supuesto que no. Son útiles para algunas cosas, y en ese marco hay que utilizarlos, pero lo que no puede ser es la afirmación de una parte de la sociedad frente a la negación de otra.

Estamos también en un momento en el que se le buscan adjetivos, apellidos, a la democracia. Ahora algunos hablan de “democracia directa”. Y cada vez que se le buscan apellidos a la democracia, estamos haciéndole un flaco favor a la democracia, porque es menos democracia y más del apellido. Cuando se habla de democracia directa, se está pensando más en lo de directa que en democracia. Y ahí, en eso de dividir y de segar las condiciones de progreso de una sociedad, debemos tomar nota.

La segunda: que hacen falta liderazgos sólidos, con capacidad de liderar y de aglutinar, de saber qué es lo mejor en cada momento para cada territorio y ser capaces de llevar a la sociedad en su conjunto a que los acompañen y los vean como un reto colectivo que merece la pena.

En Gran Bretaña, hemos visto que un primer ministro, para resolver un problema interno que tenía en su partido, ha metido en un lío a un país entero, ha provocado una crisis en un país entero y ha metido en una situación catastrófica a Europa, y exclusivamente por un interés personal.

Digo eso porque quienes estamos en responsabilidades políticas, sea en el Gobierno o sea en la oposición, allí donde nos hayan situado los ciudadanos, siempre debemos tener los intereses generales de nuestro país, de nuestra

comunidad, de nuestro municipio, por encima de cualquier otro. Eso se debe hacer siempre, desde el Gobierno y desde la oposición.

Una tercera enseñanza que nos ha dado el Brexit es la coherencia. Con razón le decía Juncker el otro día a Cameron: “si tanto has dicho que la culpa de todos los males la tenía Europa, ¿cómo te quejas de que los ciudadanos te hayan creído? Si le has echado la culpa permanentemente a Europa de todos los males del Reino Unido, es lógico que la gente te haya creído”. Pues, ante eso, también debemos de ser coherentes.

La cuarta consideración que saco de lo que ha sucedido en el Reino Unido es la necesidad de repensar el papel de Europa. Si ésta es la Europa que queríamos, con la que nos sentimos identificados, con la que soñamos; ese gran club al que queríamos pertenecer y con el que estábamos convencidos, como así ha sido en estos años, de que nos podía ir mejor.

Yo creo que estamos en el camino equivocado, que los recortes a ultranza, la austeridad a ultranza a la que nos han sometido en los últimos años, han hecho que los ciudadanos no sientan que ésta es la Europa que deseaban, en la que nos ha ido bien, la que queremos construir de cara al futuro.

Y todos los problemas de nacionalismos, de xenofobia, de apropiarse del patriotismo de algunos, que en algunos sitios proceden de la antipolítica, como Grillo en Italia, o la xenofobia de Marie Le Pen en Francia o ese radicalismo de ultraderecha en Austria o en Alemania, forman parte de un camino equivocado que se ha tomado en los últimos años por parte de la UE.

No podemos limitarnos a decir que eso nos preocupa mucho, sino que además tenemos que tomar medidas claras que vayan a la raíz de los problemas, a las causas de por qué eso ha florecido en el marco de nuestro viejo continente y por qué los ciudadanos han sentido en algunos momentos la necesidad de refugio en esos espacios.

El populismo es una forma de hacer política, o más bien diría de antipolítica. Y normalmente, tenga soluciones de izquierda o de derecha, siempre va a lo mismo: a cuestionar las instituciones democráticas en nuestras

sociedades. Es lo que han hecho siempre. Cuando algunos hablan de romper el candado de 1978 en España, me genera gran preocupación.

Yo no viví la Transición. La admiro profundamente, siento que la generación de la que formo parte política o vitalmente no está a la altura de un gran país como sí estuvo en 1978. Hombres y mujeres que sentían de manera distinta, que representaban valores distintos y que tenían ideologías diferentes; pero que, por encima de todo, querían abrir un horizonte de libertad y de democracia. Querían que España viviera sus mejores años y que lo hiciera desde el respeto y la garantía que nos da la democracia. Abandonaron aquello que habían vivido y sufrido y, desde la generosidad profunda, le dieron a este país y a Andalucía sus mejores años.

A día de hoy, no estamos a la altura de aquellos hombres y mujeres de distintos partidos políticos, todavía no estamos a la altura, ojalá llegemos a estarlo. Pero me parece ingrato y muy peligroso que algunos hablen de romper 'ese candado del 78', que abrió la puerta a la libertad y la democracia.

Frente a quienes tienen esas tentaciones cesaristas, recuerdo la historia del siglo XX, una historia de parlamentarismo, por qué se tomaron determinadas decisiones como la división de poderes, el fortalecimiento de los parlamentos, la dispersión en algunos casos de los propios poderes, el federalismo... Todo era para proteger la libertad, para evitar las tiranías.

Ahí siempre hemos estado los socialdemócratas, en esa defensa del parlamentarismo, porque estamos convencidos de que quienes niegan la representatividad, quienes quieren directamente que el líder se relacione con la gente, quienes no quieren ningún tipo de control, quienes no quieren rendir cuentas ante nadie, quienes no entienden que los ciudadanos cada cuatro años te votan y después exigen que tú dirijas, que tú gobiernes, que tomes decisiones, que ejerzas tu responsabilidad y que si te equivocas dentro de cuatro años te retirarán esa confianza.

Los que hemos apostado siempre por eso sabemos que la democracia es fuerte, pero que la democracia permanentemente tiene que ser defendida. Es fuerte hasta el punto que quienes discrepan de ello, tienen espacio dentro

de la democracia. Pero por el hecho de que sea fuerte, no podemos dejar ni un minuto de defenderla.

Es verdad que hay cosas que no han funcionado en estos años en este país. Ha habido falta de honestidad en muchos casos y ha habido falta de competencia, pero que la democracia sea mejorable no significa que no sea esencial para nuestra sociedad y para nuestro modelo de convivencia.

También nos han dicho en estos meses que la democracia era cara. Yo creo que la democracia tiene que ser austera. Pero, ¿sabéis cuánto cuesta el Congreso de los Diputados todo el año, lo que significa Las Cortes en nuestro país, el mantenimiento de nuestro sistema parlamentario en España? Cuesta lo mismo que un hospital, de los 48 hospitales públicos que hay en Andalucía, cuatro meses.

No sé si hay otras fórmulas de Gobierno más baratas, pero por muy barata que me dijeran que es una dictadura no lo cambiaría por la democracia. ¿Qué quiero decir con esto? Que tenemos que tener mucho cuidado cuando algunos atacan nuestro modelo de convivencia. No podemos sostener el Estado del Bienestar si no sostenemos nuestras instituciones democráticas.

Y creo que en estos años de crisis hemos aprendido muchas cosas y una de ellas es que el problema no es Europa. El otro día lo decía muy bien Joaquín Estefanía, el problema de esta Europa es que se está concibiendo como la suma cero. Antes era una suma positiva, donde unos y otros nos ayudábamos para que a todos nos fuera mejor, y ahora parece que para que a algunos les vaya bien a otros les debe de ir mal. Eso es alimentar el unos contra otros y que florezcan aún más los nacionalismos egoístas fundamentalmente dentro del marco de la Unión.

Y creo que ahí se imponen fundamentalmente dos cosas, la primera es que tenemos que cambiar de políticas. Es evidente que este camino de recortar los servicios públicos y la igualdad de oportunidades y la austeridad sin ningún tipo de freno nos ha llevado a mucho sufrimiento y dolor. Y no es el camino.

Estos días he levantado la voz cuando se pretende sancionar a España por una decisión que yo considero que es verdad, que el presidente del Gobierno fue electoralista e irresponsable cuando tomó determinadas decisiones a finales del año pasado exclusivamente por motivos de tacticismo electoral, pero no se puede sancionar a un país completo, poner en peligro los fondos estructurales, que son tan necesarios para Canarias y para Andalucía por ejemplo, porque un presidente del gobierno haya actuado con irresponsabilidad. Ojalá pudiéramos sancionar exclusivamente al presidente del gobierno o al Consejo de Ministros, pero como no es así, no se puede sancionar a un país completo. Por eso he levantado la voz y he dicho que si en su momento no se paró a un gobierno en funciones que estaba tomando decisiones que no le correspondían, ahora no pueden pagar las consecuencias más de 40 millones de ciudadanos aquí u 11 millones de ciudadanos en Portugal.

En segundo lugar, hay que dar un salto más en esa integración y en el fortalecimiento de Europa. Hay que dar ese salto adelante que nos permita caminar hacia la cohesión social y territorial además de la cohesión económica.

Ha sido vergonzoso lo que ha pasado con los refugiados. Ha sido vergonzoso que un continente como el nuestro, cuna de la civilización, la respuesta que le haya dado a quienes venían del terror y del horror haya sido esta. ¿Y por qué ha sido esta la respuesta? Porque han triunfado los nacionalismos egoístas. Ha triunfado el yo quiero que me vaya bien y que nadie venga a perturbarme en un momento de posible recuperación económica, porque ya nos va a ir bien a los que estamos aquí dentro de Europa. Y nuestra respuesta ha sido pagarle a otro país para alejar el problema de nuestra frontera. No es posible que después de tantos años, de esos valores e ideales comunes, de ese gran club, como decía, al que nosotros con mucha ilusión, y creo que con la misma seguimos estando, aunque mejorable, no es posible que esa sea la respuesta que dé al horror y al terror.

Europa tiene que fortalecerse para ganar un futuro en paz y de derecho dentro de un marco cada vez más exigente de globalización. Estoy convencida de que si seguimos en este camino egoísta, de sálvese el que pueda, de unos contra otros, de para que me vaya bien a mí no te puede ir bien a tí y no le

puede ir bien al contrario, entonces estaremos escribiendo los últimos años de Europa. El fin de un proceso que podría tener mucho futuro y en el que yo confío plenamente.

El principal reto de Europa es el desempleo. Piensen por un momento en la situación en la que están millones de familias. Miles de niños, decía el rector, todos los días tienen que recibir el desayuno en los colegios porque su familia no tiene ingresos. Y es que Europa tiene en estos momentos el doble de desempleo que EEUU, Japón o Reino Unido.

Nuestras comunidades, tanto Andalucía como Canarias, estamos muy por encima de ese 20% de media en Europa, y además tenemos una tasa de desempleo juvenil cruel, insoportable. La generación que hemos dicho que es la más preparada de la historia de España, es la que más dificultades tiene para acceder al mercado laboral. Todo eso ayuda y facilita no sólo a que aparezcan populismos, sino que además tomen cuerpo y se conviertan en una amenaza real para nuestro modelo de convivencia.

La tasa de paro es verdad que es consecuencia de la crisis pero no sólo de la crisis. En nuestras comunidades hay un paro estructural, además del coyuntural, y la respuesta que se ha dado no es la misma que se ha dado por ejemplo en EEUU.

La gestión que hemos hecho entre el año 2010 y 2013 de nuestra crisis económica no ha sido la correcta. La gestión que se ha hecho de la crisis griega tampoco ha sido la correcta, el papel que ha tenido el Banco Central Europeo tampoco ha sido el correcto. Y en lugar de ayudar a que se creara empleo de calidad y a más velocidad, ha hecho que se abriera mucho la brecha del desempleo entre Europa y EEUU, Reino Unido o Japón.

Necesitamos un plan de inversión potente, que sea capaz de poner el foco en aquellos recursos que necesitamos países que tenemos una alta deuda, un alto déficit, como España y además una alta tasa de desempleo. Que haya una inversión potente por parte de la UE, financiada con eurobonos, como está pidiendo el BCE, la Comisión, el FMI y la OCDE. E incluir, entre otras cosas, el Corredor Mediterráneo, que es parte del desarrollo económico que nosotros necesitamos para los próximos años.

El Corredor Mediterráneo tiene que contemplar una financiación adecuada. China va a poner encima de la mesa en torno a 100.000 millones en el Corredor Mediterráneo, y nosotros tenemos la oportunidad de poder mejorar la conexión tanto con Asia como con la Ruta de la Seda. Ese corredor y esas conexiones tienen que contemplar la parte marítima y eso le interesa a la red de puertos de Andalucía y de Canarias.

Ahí va a estar parte de nuestro crecimiento económico, de nuestra productividad, de ayudar a nuestras empresas a que ganen tamaño, a que ganen mercados, a que se internacionalicen, y a que nosotros crezcamos y creemos empleo a más velocidad de la que en estos momentos se crea.

Ese plan nos va a permitir, entre otras cosas, que no vuelva a suceder lo que nos sucedió en los años 90, en pleno amanecer asiático, que España se quedó descolgada. Ahora estamos ante el posible amanecer africano y no sería justo, sería un lujo, que nos permitiésemos quedarnos fuera de ese desarrollo.

Tenemos que liderar la agenda africana en Bruselas y en Washington, en las Naciones Unidas, porque después de la Guerra Fría, todas las instituciones mundiales cambiaron y ahora tienen una visión que debe ser multipolar y multicultural. España tiene una situación geoestratégica, al mismo tiempo que histórica y cultural clave y privilegiada para poder pilotar ese desarrollo en los próximos años.

Dentro de ese desarrollo, si estamos dentro de un contexto de recuperación y de crecimiento, resultaría inaceptable que nosotros nos disparáramos a los pies. Invertir en educación, que no gastar, es hacerlo desde la perspectiva de una sociedad que sea capaz de crecer y de hacerlo con equidad. Soy socialista y como socialista creo en los mismos valores que inspiraron a Giner de los Ríos hace un siglo, que sabía que el desarrollo de este país tenía que estar íntimamente ligado con la educación, con la ciencia y con la innovación.

En estos momentos, tenemos que saber que a Europa nunca le ha ido mejor que cuando ha tenido un sistema educativo próspero, cuando ha invertido en educación y mucho, y lo están viendo en otros rincones de nuestro

planeta. Lo están viendo en Asia, en Corea del Sur; en Europa, en Polonia. En estos momentos son países de referencia si los valoramos y comparamos dentro del ranking PISA, porque es ahí donde está parte de nuestro nuevo modelo de desarrollo económico que necesitamos.

Dentro de esa inversión en educación hay que cambiar cosas, hacen falta pactos educativos, grandes acuerdos, nuevos modelos pedagógicos que sean capaces de llevar a las aulas al máximo del rendimiento, desde la igualdad y la equidad, de los alumnos.

Hace falta que mejoremos la conexión entre el sistema educativo y la universidad y la empresa para mejorar la empleabilidad de nuestros jóvenes, para que se hable el mismo idioma dentro de la universidad y dentro de la empresa. Ahí vamos a capitalizar muchísimas oportunidades.

Hace falta también educar en valores para esa sociedad moderna, justa, inclusiva e igualitaria y hacerlo desde edades muy tempranas. Y hace falta invertir en esa revolución tecnológica, que es la que está produciendo grandes cambios y a gran velocidad. Hay que invertir también en innovación y ahí soy defensora de la colaboración público-privada.

El Estado y las CCAA tenemos magníficas universidades públicas y una red de parques y centros tecnológicos de primer nivel y que pueden competir con cualquier otra universidad en el ámbito europeo e internacional. Tenemos que ser capaces de combinar nuestras magníficas universidades y centros tecnológicos con la inversión de las empresas. Tenemos que multiplicar el porcentaje que supone la innovación dentro de nuestro PIB en el conjunto de España y tenemos que ayudar a que las empresas que son las responsables de invertir y de crear empleo encuentren en la universidad ese conocimiento, ese talento y esa capacidad de mejorar el tejido productivo que estamos en condiciones de ofrecer.

Incluso estamos en condiciones de ayudar a aquellas empresas de pequeño tamaño que necesiten de nuestros centros universitarios para poder desarrollar tecnológicamente sus empresas y mejorar en un mercado cada día más global. Si ambos se entienden, estoy convencida de que mejoraremos el empleo y mejoraremos el salario.

Otro de los grandes desafíos que tiene Europa es la desigualdad que provoca no tener empleo pero también tener empleos precarios, mal pagados o en malas condiciones. Ese subempleo que ahora se ha puesto de moda, o esa nueva categoría que tenemos en el mercado laboral que son los trabajadores pobres, eso que empezó con los minijobs en Alemania y que aquí los hemos adaptado con la reforma laboral en un infratrabajo que no permite ni siquiera que muchas de esas familias salgan adelante con la dignidad que te debe de dar el empleo.

Si hoy preguntamos en nuestro mercado laboral, al 80% de las personas que tienen un contrato parcial les gustaría tener un contrato a jornada completa, para ganar lo justo y lo digno y poder sacar a su familia adelante.

Y para todo esto hace falta una Europa fuerte con influencia en el tablero mundial. Mucha de la influencia que hemos perdido, que perdimos y que estamos perdiendo, además a raudales, prácticamente desde la caída del Muro de Berlín. Hace falta una Europa fuerte para un mundo más humano. Para corregir esa desigualdad, nadie lo ha hecho nunca como los Estados europeos. Nadie ha corregido nunca los excesos del capitalismo como los Estados europeos.

Por eso creo que es el momento de más Europa para proteger mejor a las personas y para hacer un mundo más humano. Si el camino es el de Trump, o el asiático, el de lo primero es el crecimiento y la eficiencia y ya como algo secundario la equidad, iremos a un mundo peor, un mundo que no comparto y al que me resisto a que estemos condenados a protagonizar.

Creo, además, que desde 1957, desde el Tratado de Roma, los peores años que ha vivido la UE han sido los últimos 15 años, donde las personas, la igualdad y la equidad no han sido el centro de las políticas ni de las instituciones europeas. Estos últimos 15 años han sido insensibles con la inmensa mayoría de los ciudadanos y han provocado muchísimo dolor.

Es verdad que tenemos una moneda única, pero no tenemos un Tesoro único. No tenemos instrumentos adecuados para poder hacer frente a una

gobernanza que requiere de más política para poder poner freno a los excesos de los mercados. Piensen por un momento que Obama controla el 20% del presupuesto de los EEUU, y Juncker el 1%.

Debemos mejorar mucho la unión fiscal, dar instrumentos a las instituciones europeas para poder controlar esa gobernanza, para poder controlar los paraísos fiscales, para evitar la “ilusión” fiscal, para hacer que todo el mundo cumpla con su responsabilidad. ¿Y cómo podríamos hacerlo? Yo aportaré modestamente algunas opiniones que creo que pueden enriquecer.

Lo primero que creo es necesario es que haya unión fiscal y armonización fiscal. Estos días se está hablando de que lo que ofrecemos a la Unión Europea para que no nos sancionen es una subida del Impuesto de Sociedades, es decir, que el sistema productivo sea el que pague la irresponsabilidad de un gobierno. Yo creo y defiendo que en todos los lugares de la Unión Europea y en todas las regiones de todos los países deberíamos de tener el mismo Impuesto de Sociedades, con los mismos tipos y las mismas deducciones. ¿Eso qué nos va a permitir? Nos va a permitir combatir el ‘dumping’ fiscal, los paraísos fiscales, hacer frente a esas multinacionales que no quieren pagar impuestos, que siempre están haciendo triquiñuelas para evitar hacerse cargo de su responsabilidad. Y nos va a permitir que la política se más útil y justa.

Del mismo modo que tenemos que empezar a armonizar fiscalmente, creo que parte de estos impuestos se tienen que ceder a la Unión y se tiene que garantizar un seguro de desempleo que sea equitativo en el conjunto de la Unión y un seguro por depósitos que sea también equitativo en el seno de la Unión, para que cuando vengan crisis tan virulentas como las que hemos vivido las personas se sientan protegidas.

Si algo estamos viendo ahora en nuestro mercado laboral es que no estábamos preparados para una crisis tan larga, que durara tanto tiempo y que fuera tan devastadora. Por eso hoy hay tantas familias que no tienen un empleo y que tampoco tienen cobertura social porque no estábamos preparados para eso.

Y si vamos a avanzar en esa unión fiscal hagámoslo también en esa unión social. Garanticemos que haya una protección social a los trabajadores, esa cobertura por desempleo común a todos los Estados de la unión, que en crisis como estas protejan a las familias y a nuestras sociedades. También a esos depósitos.

Pidamos que la Comisión Europea gestione un presupuesto mayor y que lo haga además con el control del Parlamento europeo, al que votan los ciudadanos.

Si hacemos todo eso, yo estoy convencida de que mejoraremos la gobernanza, regularemos los mercados financieros y los paraísos fiscales y extenderemos nuestros derechos laborales al conjunto de los países, dentro y fuera de nuestro marco europeo.

Yo soy de una generación que ya nació y se crió dentro del marco de la UE, sabiendo que era una referencia de democracia, de libertad y de convivencia. Y pensemos por un momento en lo que sintieron hombres y mujeres como mis padres, que sabían que Europa nos enseñaba lo que era la democracia y la libertad.

Si Europa en estos momentos está en crisis, España tiene una responsabilidad con Europa, que es ayudarla, acompañarla a que sea mejor y a que recupere el camino que nunca debió perder. Esa Europa más fuerte, más próxima a los ciudadanos pero también más próxima a los territorios.

En su momento, valoramos positivamente que el Tratado de Lisboa contemplara la cohesión territorial, que eso se sumara a la cohesión económica y social y que hubiera garantías de que nos íbamos a desarrollar de manera homogénea en el conjunto de los territorios.

Pues bien, para que eso sea posible las comunidades autónomas y las corporaciones locales tienen que tener más voz en el marco europeo, y lo tienen que tener además de manera compatible con la defensa que yo hago de que la política exterior es una competencia del Estado.

En aquellas materias que nos afecten, que directamente tenemos que gestionar desde los gobiernos autónomos y desde los ayuntamientos, tenemos que tener una voz que se escuche en Europa. Porque estamos más cerca de la gente, más próximos a sus problemas, porque tenemos esa sensibilidad que te da la piel de estar cerca de los ciudadanos y de los territorios.

Y eso es perfectamente compatible con la defensa de que la política exterior de un país la tiene que tener el Gobierno central. No es contradictorio.

Eso nos permite, entre otras cosas, que la diversidad a la que tanto apelan algunos sea un elemento aglutinador que enriquezca y que no disgregue, no separe.

Estoy convencida de que España es un proyecto con presente y con futuro, y de que se puede perfectamente defender las singularidades de los territorios al mismo tiempo que se defiende la unidad del país y un proyecto de futuro en igualdad.

Estoy convencida de que cuando se defiende un estatus ultraperiférico para Canarias, se está defendiendo la Constitución; se está defendiendo el Tratado de adhesión a la UE y se está defendiendo la igualdad. Si no defendiéramos que Canarias tuviera un estatus particular, peculiar, como la ultraperiferia, no habría igualdad de oportunidades. Hay que reconocer en cada momento cuáles son las singularidades, la diversidad que es necesario reconocer del otro para enriquecer el proyecto común.

Confío plenamente en que podemos aportar muchísimo y en que pertenecemos a dos comunidades, Andalucía y Canarias, que lo pueden hacer desde el punto de vista humano, económico, social y geográfico.

Decía antes que estamos ante un nuevo amanecer africano. Canarias y Andalucía tienen una situación geoestratégica privilegiada. Somos una puerta al continente africano, puerta a Marruecos y a todo el Magreb, en un momento en que el Mediterráneo y el conjunto del Norte de África y de Oriente necesitan de esa alianza con países que sean capaces de darles estabilidad.

Pero, al mismo tiempo, somos también puerta del África occidental, de países que están creciendo por encima del 6%. Millones de hombres y mujeres

ponen sus ojos en el continente europeo y especialmente en España y, dentro de España, en Andalucía y en Canarias.

Yo creo que ahí, en ese desarrollo futuro, Canarias y Andalucía tienen que ser dos pueblos aliados que permitan a Europa ver desde los ojos del Sur, y de muy al Sur, que es posible un desarrollo económico diferente, que garantice la igualdad de oportunidades y la libertad individual, que refuerce la democracia y el modelo de convivencia. Y ahí nos interesa caminar juntos.

Yo estoy orgullosa de ser andaluza, pero estoy profundamente orgullosa también de ser española y de compartir un proyecto, un espacio público común de más de 500 años en el conjunto de este país, que es mucho más que un nombre, es mucho más que llamarse España, es la Historia de hombres y mujeres que siempre han soñado con un país mejor, en una Europa mejor y en un mundo mejor.

En un momento como éste, de grandes retos, desafíos e incertidumbres, creo que el mayor gesto de generosidad que podemos tener quienes estamos en lo público es buscar lo mejor de la sociedad dejando atrás lo peor de nosotros mismos. En ese camino, como presidenta de Andalucía, intentaré ayudar y arrimar el hombro y estoy convencida de que de la mano del Gobierno canario, de los representantes de las corporaciones y de los cabildos canarios, todos podemos aportar mucho para una España mejor, en una Europa mejor y en un mundo mucho más justo.

Muchísimas gracias a todos. Ha sido un honor estar hoy aquí.